

REVOLUCIÓN

(¿en serio? ¿dónde?)

Todas las personas que por esta tierra pasan, dejan su huella en ella, o de alguna forma marcan.

Con letra o con espada, con palabra o con acción, y difícil es olvidar al que hasta salió en televisión.

Su huella fue profunda, y gigantesco su legado, igual que aquel sueño mezquino de ver al imperio acabado.

Pero si no me equivoco, dicen que el regocijo del mediocre es ver al grande derrotado.

Envolvió a un pueblo cansado en demasía, de una democracia corrupta y de humanidad vacía, con la promesa impía de que la izquierda era la vía.

Y le entronizaron en la silla más alta, desde donde comenzó a gobernar con tiranía.

Lanzó sobre su propio pueblo la maldición del comunismo, de la que viejas naciones escapan aún hoy mismo, disfrazada de inclusión y popular protagonismo.

Todos caímos en la trampa infame, cegados por la desesperación y la rabia, y muchos años han pasado, y se ha desangrado mi patria; ahogándose en un fango de pobreza mental y miseria cultural, un fango asqueroso de hambre y violencia, inestabilidad, descontento y delincuencia.

La muerte llegó un buen día para llevárselo, y con espanto vimos que moribundo, lleno de ira y preparándose para su ida, tenía un golpe atroz que asestar todavía.

Con un dedo señaló a quien sucederle debía, y ahora mi país se muere dando gritos de agonía, consumida por el parásito gigante con cuerpo de toro y cerebro de gallina.

Hoy su ideología y su recuerdo siguen vivos, y como un tumor canceroso la vida de mi patria aún carcome.

Pero todos los recuerdos malos pasan, y este no será la excepción.

Adiós comandante al fin, dice mi corazón desde lo más profundo, y a los compatriotas en todo el mundo: la divina justicia tiene que existir, y ese tirano infame, en el infierno se tiene que podrir.

Huye la gente en su porfía, prosaica confusa toda.

Yo lo que hago es poesía, es poesía, no oda.